

TRES A LA MESA²

Hermanos y hermanas,

Durante tres años nos hemos preparado para el año del Jubileo. Año tras año, hemos subido en peregrinación hacia el templo de nuestra fe: la santísima Trinidad. Ella es el centro del misterio en el que nos ha introducido el bautismo, al mismo tiempo que nuestro gozo más intenso. Somos hijos de Dios uno y trino: hijos del Padre, hermanos y hermanas del Hijo, moradas del Espíritu Santo.

Cada día, hacemos el signo de la cruz. Nos persignamos con sus tres nombres, y a menudo decimos el “Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo”. Después de cada salmo. Sí, nuestros labios lo dicen. Pero, ¿vivimos igualmente con el Dios Trinidad? ¿Ocupa el lugar central de nuestra existencia o solamente algún rincón apartado?

Uno o tres: ¿qué es lo que cambia?

Para algunos de nosotros, la Trinidad constituye el problema embarazoso del “tres en uno solo”, problema demasiado complejo para detener en él largo tiempo su espíritu y, por otra parte sin impacto real sobre la vida de oración y la práctica religiosa. Quizás nos decimos: “¿Qué importancia puede tener que Dios sea uno o tres?”. Esta verdad de fe parece una complicación gratuita e inútil. Sin hablar de la extrañeza del triángulo que rodea al ojo divino, que decoraba antaño no pocas salas de estar.

Otros estiman que se trata de un misterio incomprensible que supera demasiado nuestro entendimiento, de un misterio impensable y por lo tanto engorroso: “¡No se puede captar nada de él!”.

¹ El Cardenal Godfried Daneels es el arzobispo de Malinas-Bruselas. Escribió esta carta pastoral de Pascua para todos los fieles de su diócesis con motivo del Jubileo del año 2000.

² Traducción del texto en francés publicado en *La Documentation Catholique* 2226 (2000) 480-490, realizada por la Hna. Ma. E. Suárez, osb de la Abadía Ntra. Sra. de la Esperanza, Rafaela, Santa Fe, Argentina.

Para el común de los cristianos es una verdad que apunta demasiado alto, a lo sumo un artículo de estación, bueno para un domingo al año, el primero después de Pentecostés, el domingo de la Trinidad.

Y sin embargo...

Y sin embargo, la Trinidad es mucho más que eso. Es la fuente inagotable de toda oración, el sentido y el dinamismo de toda la vida cristiana: los cristianos son seres “trinitarios”. ¿Por qué? Porque todo nuestro ser es irrigado por el Amor que brota del corazón de Dios Uno y Trino. Nuestra vida tiene este Amor como origen, vive de Él, está orientada hacia Él. Hemos nacido de Dios, somos conducidos por un Dios de amor, estamos en camino hacia ese foco de amor. La Trinidad es Amor, sin más. Ahora bien, el amor es la pulsación de nuestro corazón, el nervio de todo nuestro obrar. Desde la cuna hasta el fin, somos estrechados en el abrazo de este Amor, acariciados en el interior de la santísima Trinidad. Nunca hemos sido abandonados y no lo seremos jamás. Somos fruto de una relación, y nosotros mismos somos relación: esto nos viene de Dios. “En el principio era la relación...”, podríamos parafrasear así el prólogo de Juan. El misterio de la Trinidad no es por lo tanto un galimatías, un desafío desalentador, una cruz para nuestra razón; es objeto de hambre, hambre de saber más sobre él; es objeto de un deseo impaciente de poder deleitarse en él. Jesús, por otra parte, no ha venido a este mundo para otra cosa sino para decirnos: Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Primero vivirla, después reflexionar sobre ella

Jesús no nos enseñó primero a pensar la Trinidad; Él nos enseñó a vivir con Ella. Porque la vida precede a la reflexión. Ocurre así en todos los misterios: el amor, la providencia, la creación, la salvación y la redención, la alegría y la pena, el sufrimiento y la muerte. Todo esto pertenece primero al dominio del corazón. Solamente después gana la cabeza y se buscan palabras para expresarlo. Por lo demás, no se logra jamás expresar totalmente lo que se vive. Pasa lo mismo con la Trinidad: Ella habita y vive en nuestro corazón, mucho antes de que nosotros hayamos encontrado las palabras.

La experiencia viva de la Trinidad se da primero; es como la lava todavía en fusión. La expresión vendrá más tarde, cuando se haya

producido un enfriamiento. Por otra parte, las palabras enfrían siempre un poco los sentimientos. Los enamorados lo saben.

Y así ocurrió con la fe trinitaria. Durante siglos, Iglesia y teología buscaron palabras y conceptos. Los Padres de la Iglesia, concilios y teólogos se debatieron para expresar de modo preciso y correcto el fuego de la experiencia divina en lo más profundo de los corazones. Fue preciso superar gran cantidad de obstáculos para llegar a decir algo, y cada época, cada cultura, dejó su pátina. En las formulaciones dogmáticas posteriores pueden distinguirse todavía los estratos sucesivos. Durante largo tiempo se trabajó en la construcción de nuestro *Credo*, y fueron numerosos sus arquitectos.

CREER EN LA TRINIDAD

El fuego ardiente de la fe trinitaria

Bajo el manto frío de las palabras y de los conceptos, el noble metal de la fe trinitaria permanece siempre con un calor intenso en los corazones que oran.

El primero en el linaje de estos “guardianes del fuego” ha sido Jesús mismo: el Padre vive en su corazón. Sin cesar, Jesús habla de Él. Y a medida que se aproxima el fin de su existencia, sus conversaciones con Él se vuelven más frecuentes, más intensas, más ardientes, también más dramáticas. Hasta que desembocan en la oración suprema: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,46).

La misma experiencia vivida será transmitida por los apóstoles hasta nuestros días. ¿Acaso Jesús no les había dicho a manera de despedida: *Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo* (Mt 28,19). Las cartas de Pablo llevan continuamente el sello trinitario; de modo más o menos explícito, todas comienzan y terminan evocando a las tres Personas divinas. La liturgia del bautismo y la de la eucaristía están llenas de referencias al Padre, al Hijo y al Espíritu.

Cada salmo de las Horas termina con la doxología *Gloria al Padre y al Hijo, y al Espíritu Santo...* Por otra parte el signo de la cruz llegó a ser muy pronto la “contraseña” de los cristianos.

También la casa de la Iglesia está construida según los planos del arquitecto celeste, Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Iglesia es fecunda como el Padre, obediente como el Hijo, foco de amor

y fuente de unidad como el Espíritu. Muy pronto, los monjes imaginaron sus comunidades monásticas según el modelo de la vida en común en Dios: conducidas paternalmente, fraternalmente unidas y fecundas espiritualmente. Ellas tenían un abad (el Padre), hermanos (el Hijo) y su regla (el Espíritu Santo).

Todos nosotros buscamos a Dios

Progresivamente se ha despertado la fe explícita en Dios Uno y Trino. Durante largo tiempo permaneció en el seno del Pueblo de Dios como un fruto en gestación, totalmente desconocida antes de la venida de Jesús. Dios se tomó todo su tiempo antes de decirnos quién es Él: tres y único. Con razón, porque era necesario que primero nos enraizáramos sólidamente en la fe en un solo Dios. ¡El monoteísmo no es tan natural, para nosotros, los humanos!

Siempre, no obstante, hemos buscado a Dios. Y con no poca imaginación, —hay que reconocerlo. A veces Le hacíamos estatuas colosales, aplastantes, como en los templos del valle del Nilo. A veces Lo veíamos muy pequeño, muy delicado. En todos los tonos, de todas las formas se ha relatado y cantado a la divinidad y a los dioses: cantos, himnos, relatos y poemas épicos. A menudo no encontrábamos nada mejor que buscarlo en el sol, la luna, las estrellas, en el viento y la tempestad, en los bosques sagrados, los mares, las plantas y animales. De ese modo, Dios era bajado del pedestal de su trascendencia; era domesticado por los hombres, colonizado.

Era necesario que primero desapareciera esa desviación: Dios no habita en la tierra: *Los cielos son la morada del Señor*, dice el salmo, *pero la tierra se la ha dado a los hombres* (Sal 115,16). Dios tampoco era un hombre: ni siquiera un faraón, un rey o un emperador, ni un general, ni un sabio, ni tampoco un profeta. Dios era Dios.

La primera alianza y la gran revelación: la zarza ardiente de Moisés

Para que supiéramos que Dios es Dios, primero debía venir Moisés, y su aventura en el desierto junto a la zarza ardiente, que sin embargo no se consumía.

Dios le dijo: “No te acerques hasta aquí; quitate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa”. Luego siguió diciendo: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. ... El Señor dijo: “Yo he visto la opresión de mi pueblo... He bajado

para librarlo...”. Moisés dijo a Dios: “Si me presento ante los israelitas y les digo que el Dios de sus padres me envió a ellos; me preguntarán: ¿cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?”. Dios dijo a Moisés: “Yo soy el que soy”. Luego añadió: “Tú hablarás así a los israelitas: «Yo soy» me envió a ustedes” (Ex 3,5-8.13-14).

Todo ha ocurrido allí: Dios, en persona, dice que Él es. Nosotros en efecto no podíamos aprenderlo sino de Él mismo; todas las otras fuentes de información son engañosas. Sólo Dios puede hablar de sí mismo. El verdadero conocimiento de Dios no surge de nuestra experiencia, como el vapor sube de una ciénaga; sino que desciende de lo alto y reduce a añicos todos los espejos mentirosos. En esos espejos nunca vemos otra cosa más que a nosotros mismos.

¿Y qué dice Dios de sí mismo? Él habla, dice su nombre, pero este último queda cubierto de un velo de total misterio: “Yo soy el que soy”. Parece una tautología que no proporciona nada nuevo en cuanto a conocimiento. Dios agrega, no obstante, que Él es un Dios próximo a los hombres: el Dios de los padres, de Abraham, Isaac y Jacob. Es, pues, el Dios de alguien, un Dios que entra en relación, que no quiere ser solitario. Aunque Él esté elevado muy por encima de los hombres, quiere estar cerca de ellos. ¿Acaso pensaba ya en lo que Jesús iba a decir en el momento de su despedida: *Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él (Jn 14,23)?*

Sea como sea, lo que Dios dice a Moisés es que Él permanece siempre cerca de su gente: *Yo estaré cerca de ti cuando te presentes delante del faraón*. Dios concluye incluso una alianza con su pueblo, un contrato exigente, que incluye de parte de los dos contratantes la fidelidad. Pero Él mismo, permanece invisible: *no puede verme el hombre y seguir viviendo...* (Ex 33,20)

En todo esto –al menos entre líneas– ya hay mucho de lo que creemos aún hoy (si bien los cristianos saben más): la unicidad de Dios, su carácter invisible y sin embargo próximo, su alianza con la humanidad, su solicitud y su presencia permanente. A través de Moisés los cristianos han aprendido esto: que Dios es único y que la cosa no puede cuestionarse aún cuando se dé que Él es, igualmente, Padre, Hijo y Espíritu. Él es uno, no tres. Esto ha sido adquirido de modo definitivo, también para nuestra fe cristiana.

Los misteriosos visitantes

Hay en la Biblia un relato oscuro, el de Abraham y sus tres visitantes. El libro del *Génesis* relata que Yahveh hizo una visita a Abraham. *El Señor se apareció a Abraham junto al encinar de Mambré, mientras él estaba sentado a la entrada de su carpa, a la hora de más calor. Alzando los ojos, divisó a tres hombres que estaban parados cerca de él. Apenas los vio corrió a su encuentro desde la entrada de la carpa, y se inclinó hasta el suelo diciendo: "Señor mío, si quieres hacerme un favor, te ruego no pases de largo delante de tu servidor" (Gn 18,1-3).* Abraham ve tres visitantes pero saluda a uno solo. "Él vio a tres", dirá Agustín, "pero no invocó más que a uno". Más allá de la letra del relato, toda la tradición cristiana ha presentado el verdadero rostro de Dios: los tres Visitantes sentados a la mesa delante de la tienda de Abraham eran ya los Tres del cielo, sentados a la mesa del nuevo Cordero pascual delante de la tienda de la Iglesia.

La escena presenta analogías con el relato de Emaús. Abraham y Sara, también ellos, habían dicho muchas veces: *Y nosotros esperábamos...* (Lc 24,21). Porque habían permanecido sin hijos a pesar de la promesa divina: *multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar (Gn 22,17).* Pero cuando estaban sentados delante de la tienda en el calor agobiante del mediodía, había para ellos tan poca chance de que se realizara la promesa mesiánica como para los discípulos de Emaús en el atardecer de Pascua.

Pero entonces se produce el acontecimiento: el anuncio a Abraham –su relato de anunciación–, el anuncio de la venida de un hijo el año siguiente. Ciertos iconos de la "hospitalidad" de Abraham (así se los llama en Oriente) son impresionantes. Uno se creería a la entrada de una ermita. Abraham está extendido en el suelo con la actitud monástica de la gran postración. Se asemeja a un ermitaño que ofrece hospitalidad a tres visitantes. Su tienda es una cabaña de madera. Los tres visitantes se mantienen de pie en la actitud de ángeles, de mensajeros. Los mensajeros se mantienen siempre de pie, porque ellos traen una promesa. Parece como si exhalaran bondad y compasión. Y cada uno de los tres tiene el mismo rostro.

Otros iconos –como el más célebre de todos, el de Rublev– muestran lo que pasa a continuación, cuando los tres están sentados a la mesa. En un primer plano, en el medio, se encuentra un plato que contiene un cordero pascual. Abraham y Sara han desaparecido. Los tres están solos. En un diálogo interior, cotejan sus planes relativos a la humanidad: una conversación silenciosa, interior, entre los tres, pero a propósito de nosotros. Por otra parte, observen bien, el círculo no está cerrado; está abierto por adelante, en dirección a nosotros. Un lugar

permanece desocupado en esa mesa.

Es preciso decir, además, que este icono no está destinado a la pared de un museo para ser mirado solamente. Tiene su lugar en el iconostasio entre otras muchas escenas que muestran cómo Dios obra frente a los hombres. Un icono no es objeto de curiosidad o de apreciación artística, es objeto de celebración. No existe para ser mirado, sino para concentrar sobre él la mirada de toda una comunidad en oración en la liturgia, y para transferir esa mirada más alto, hacia los Tres del mismo cielo. Y por el hecho de que este icono ocupa un lugar de importancia precisamente en el iconostasio, es al mismo tiempo puerta hacia la eucaristía, celebrada detrás del iconostasio.

Después de la comida, sigue todavía una escena: *Los hombres salieron de allí y se dirigieron hacia Sodoma, y Abraham los acompañó para despedirlos* (Gn 18,16). La hospitalidad de Abraham desembocará en una escena de intercesión a favor de otros. Si los tres eran portadores de un mensaje de vida nueva –Isaac–, ¿por qué su misión no habría de terminar en misericordia y compasión? ¿No hay acaso un vínculo natural entre amor y perdón, entre Trinidad y Redención? No podemos entrar en la casa junto a la Trinidad sin experimentar piedad por el mundo.

La segunda alianza

Todo llega a ser, evidentemente, más claro todavía en la segunda alianza. *Nadie ha visto jamás a Dios: el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre.* (Jn 1,18)

Solamente dirigiendo nuestra mirada a Jesús, escuchándolo y viviendo de su vida, podemos llegar a saber quién es Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Mucho antes de que la verdad sobre Dios-Trinidad fuera expresada en conceptos o codificada como doctrina, Jesús, los apóstoles, la Iglesia –en su liturgia y en su vida de todos los días– han hablado y vivido con Él. La vida ha precedido de lejos a la reflexión y a la formulación conceptual.

A lo largo de toda su vida, Jesús conversa con el Padre y habla de Él en la intimidad del Espíritu Santo. A medida que se aproximan los días de su pasión y de su muerte, esas conversaciones se tornan más intensas, ardientes y trágicas. El evangelio de Juan está redactado en su totalidad según esta línea de tensión.

A su vez, la primitiva Iglesia se va a inscribir en ese marco: todo lo que ella predica y festeja se hace según el esquema de los Tres. Bautiza, confirma, celebra, unge y absuelve “en nombre del Padre, del Hijo y del

Espíritu Santo”. Más tarde su oración de las horas estará jalonada por el refrán que se repite al final de cada salmo: *Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo*. La Iglesia vive y reza de doxología en doxología.

La vida comunitaria de la Iglesia primitiva transcurre, asimismo, en presencia del Dios Uno y Trino. Ella es reflejo de la vida en el interior mismo de la Trinidad hasta en su modo de vida en común: *Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común* (Hch 2,44). Por otra parte la vida cristiana intensa de las primeras comunidades servirá de ejemplo, de matriz, para el estilo de vida monástica. Por todas partes van a aparecer monasterios donde hombres y mujeres llevan una vida común según el modelo intratrinitario: respeto total del otro, unanimidad, apertura, solidaridad. Lugares donde nadie reivindica una propiedad personal, riquezas para sí: “todo lo que es mío es tuyo”, dicen. Y eso es lo que ocurre en el seno de la Trinidad. Ella es el modelo de toda forma de comunidad, ya se trate de una familia, una parroquia, un monasterio, una sociedad.

Jesús y su Padre

Jesús debía venir antes de que nosotros pudiéramos sospechar quién es Dios en su ser más íntimo, en su misterio: Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en tres Personas. El hecho está inscripto ya en el relato de la Anunciación. María entra en el círculo fecundo de los Tres: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño será santo y se lo llamará Hijo de Dios* (Lc 1,35). En ese versículo son mencionados cada uno de los tres: el Altísimo, el Espíritu y el Hijo.

Esto se precisa en el momento del bautismo de Jesús en el Jordán: *Apenas fue bautizado Jesús salió del agua. En ese momento se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios descender como una paloma y dirigirse hacia Él. Y se oyó una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta toda mi predilección”* (Mt 3,16-17). Dios se revela aquí plenamente, tal como es en su Yo más íntimo: un “Nosotros”. Él es Padre, porque dice que tiene un Hijo, muy amado, querido y único, como lo era Isaac, que había sido prometido y dado a Abraham. Y desde el cielo el Espíritu Santo desciende sobre el nuevo Isaac junto al Jordán. Algo análogo ocurrirá en el Monte Tabor. Por lo demás allí resuenan las mismas palabras. Todo está dicho, pues, pero ninguno de entre los discípulos o de los asistentes lo ha comprendido.

En cada oportunidad, es Dios quien toma la iniciativa de la

revelación: es Él quien quiere venir hacia nosotros. Lo que dice, tanto junto al Jordán como en el monte Tabor, está dirigido a nosotros. La Trinidad no es pues materia de reflexión filosófica o teológica; no es un jeroglífico, un acertijo. Constituye el corazón de un encuentro, de un encuentro en forma de conversación. Es un acontecimiento-palabra entre Dios y nosotros. Dios, antes de querer hacernos comprender algo, está ya cerca de nosotros lleno de ternura. Lo que ha comenzado con Abraham, hace más de tres mil quinientos años, nunca se ha detenido.

Al acercarse la muerte, las palabras de Jesús respecto del Padre y del Espíritu se precisan más aún. Juan sitúa estas palabras en la mesa de la última cena: son el discurso de despedida. En ese momento Jesús habla “abiertamente y sin parábolas” como Le hacen notar sus discípulos (cf. *Jn* 16,29). Habla de su Espíritu y promete enviarlo sobre los discípulos: *Yo les digo estas cosas mientras permanezco con ustedes. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará lo que yo les he dicho (Jn 14,25-26).* Y más adelante:... *Les conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a ustedes Pero si me voy, se los enviaré (Jn 16,7).* Con respecto al Padre, Jesús es aún más claro: Él es el Hijo, perfectamente uno con el Padre. En dos capítulos del discurso de despedida –el 14 y el 17– sobrea-bunda esa afirmación. En otro lugar en el evangelio de Juan se lee igualmente: *Yo y el Padre somos uno (Jn 10,30).* La declaración era hasta tal punto desconcertante, blasfematoria incluso, *que los judíos tomaron piedras para apedrearlo (Jn 10,31).*

En la cruz igualmente, están presentes los Tres. El Padre recibe el espíritu de su Hijo moribundo; el Hijo muere por amor a los hombres, y, de su boca, el Espíritu se derrama sobre el mundo, según la fuerte expresión de Juan... *e inclinando la cabeza entregó el Espíritu (Jn 19,30).*

Trinidad ya, pero sin el término

Todo lo que sabemos de la Trinidad se encuentra ya en la Escritura. Pero el término “Trinidad” no aparece en ella. Esto no significa que se haya agregado más tarde a la manera de un cuerpo extraño. Está ya ahí, pero todavía “por nacer”, por decirlo así, inexpresado, en filigrana. Por primera vez, de un modo manifiesto y completo –pero siempre sin el término mismo–, la fe en la Trinidad está atestiguada en la orden de bautizar que Jesús da a sus discípulos antes de la Ascensión. Mateo la menciona en el último párrafo de su Evangelio: ... *Yo he reci-*

bido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo (Mt 28,18-20).

Notemos que esta primera formulación completa y clara de un solo Dios en tres personas tiene lugar en el contexto de la liturgia bautismal. También, por lo demás, aparecerá en ese contexto el *Credo* con sus tres partes. La Iglesia primero creyó, oró, bautizó en la Trinidad, y vivió de Ella. Sólo más tarde, se puso a reflexionar sobre Ella y a formular su enseñanza trinitaria de modo correcto. Como siempre, la vida precedió al lenguaje y al pensamiento conceptual.

Lo que vivía la comunidad cristiana primitiva era ya trinitario. La Iglesia dirigía su oración al Padre como lo había hecho el Señor, y como Él vivía en la obediencia al Padre. En cuanto al sentimiento de la presencia del Espíritu, vino sobre todo de la experiencia de la vida en comunidad de los primeros cristianos. La vida en comunidad les hizo descubrir la “convivencia divina”. Ellos tenían una conciencia viva de que el Espíritu permanecía entre ellos, que los inspiraba y los tornaba alegres, que los defendía frente a sus jueces, que les infundía valor ante el martirio. No es sorprendente que se llame a los Hechos de los Apóstoles “el evangelio del Espíritu Santo”.

Los primeros cristianos vivían espontáneamente en presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por todas partes, el horizonte de su pensamiento y de su obrar estaba delimitado por la fe trinitaria. Era su *biotopos* natural. Para persuadirnos, basta ver cómo formula Pablo los encabezamientos de sus cartas. Cada vez es un mosaico original de las tres personas divinas. Así al comienzo de la carta a los Romanos: *Pablo, servidor de Jesucristo, llamado para ser Apóstol y elegido para anunciar la Buena Noticia de Dios (el Padre), que Él había prometido por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras, acerca de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor, nacido de la estirpe de David según la carne, y constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu santificador, por su resurrección de entre los muertos, por Él hemos recibido la gracia y la misión apostólica, a fin de conducir a la obediencia de la fe, para gloria de su nombre a todos los pueblos paganos, entre los cuales se encuentran también ustedes, que han sido llamados por Jesucristo. A todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados para ser santos, llegue la gracia y la paz, que proceden de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo (Rm 1,1-7).* ¡Un verdadero compendio de fe trinitaria!

IMÁGENES Y CONCEPTOS

El encanto de las imágenes

Quien experimenta un sentimiento, busca palabras para expresarlo. Hay un camino del corazón hacia la boca. Es lo que ocurrió con la fe en la Trinidad: lo que la Iglesia sentía, intentó decirlo porque de esa manera el sentimiento se tornaba más preciso, susceptible de ser comunicado a los demás.

Sin embargo la primera forma de expresión de lo vivido no es del orden de los conceptos. Antes viene la imagen, así como el capullo viene antes que la flor. Las imágenes son ricas y sugestivas; también ambiguas. Efectivamente, en la medida que son sugestivas, carecen de precisión. Son conceptos que aún no han nacido. Llenos de calor, como lava que sale de un cráter, pero con una dirección todavía incierta.

De la misma manera, la fe en la Trinidad primero se manifestó en imágenes. Muy pronto en los Padres de la Iglesia, más tarde y de modo repetido entre los místicos. Hablan del Dios Uno y Tres en metáforas. Algunas las toman prestadas de la naturaleza. El Padre es el tronco, el Hijo la rama, el Espíritu Santo el fruto. O también: el Padre es la fuente, el Hijo es el río, el Espíritu el arroyo.

Así Tertuliano escribe en el siglo III: “El Espíritu es el tercero después de Dios (el Padre) y el Hijo, así como es tercero el fruto que produce el tallo, pero que viene de la raíz; tercero como el arroyo que deriva del río pero que viene de la fuente; tercero como la punta del rayo con respecto al rayo y al sol” (Tertuliano, *Contra Praxeas*).

O de una manera diferente: el Padre es el sol, el Hijo el rayo, el Espíritu el calor:

“Toma como símbolos el sol para el Padre, para el Hijo, la luz, y para el Espíritu Santo, el calor. Aunque Él sea un solo ser, es una Trinidad lo que se percibe en Él. ¿Quién puede captar lo inexplicable? ¡Este único es múltiple: uno está formado de tres, y tres no forman más que uno! ¡Es un gran misterio y una maravilla manifiesta! El sol es distinto de su irradiación aunque le esté unida: su rayo es también el sol. Pero nadie habla, no obstante, de dos soles, aun cuando el rayo es también el sol en este mundo. Tampoco decimos que haya dos Dioses” (Efrén de

Nísibe, *Himno a la Trinidad*).

Otros toman prestadas sus imágenes de la psicología humana. El Padre es el que ama, el Hijo el ser amado y el Espíritu el amor. O bien el Padre es la boca, el Hijo los labios, el Espíritu el beso. Por último está Agustín y su célebre fórmula –a mitad de camino, por lo demás, entre imagen y concepto–: Dios es Padre, Hijo y Espíritu, así como existe en nosotros la tríada: memoria-inteligencia-voluntad.

Pero las imágenes tienen sus límites. Indican siempre un más allá, y su fuerza sugestiva no descansa más que en lo que sigue a las imágenes: el silencio y la adoración. Hay en Gregorio de Nacianzo un texto admirable sobre la inadecuación de las imágenes: “Por mi parte, he reflexionado mucho conmigo mismo, poniendo en ello toda la curiosidad de mi espíritu, y he verificado el tema de todas las maneras buscando una imagen para una realidad tan grande, y no he sabido a qué se debe comparar la naturaleza divina entre las realidades de este mundo. Incluso cuando he encontrado una pequeña semejanza, la mayor parte se me escapa y me deja muy por debajo con mi ejemplo. He imaginado –como también otros– una fuente, un arroyo y un río, para ver si hay una analogía entre la fuente y el Padre, el arroyo y el Hijo, el río y el Espíritu Santo... He pensado, por otro lado, en el sol, el rayo y la luz... Finalmente, he pensado que lo mejor es dejar ahí las imágenes y las sombras, que son engañosas y muy alejadas de la verdad, y adherirme yo mismo al pensamiento más conforme a la fe, limitarme al más breve número de palabras, tomar por guía al Espíritu... mientras prosigo mi camino a través de esta vida persuadiendo a los demás, en tanto pueda, de que adoren al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, una sola divinidad y un solo poder” (*Discursos*, 31,16.31-32).

El combate para una reflexión correcta

Las cosas no debían quedar allí. La posesión tranquila de la doctrina de la Trinidad fue perturbada. No desde el exterior, sino desde el interior de la Iglesia. Desde que finalizaron las persecuciones, las miradas de la Iglesia se dirigieron hacia ella misma, a su propio seno; la Trinidad podía con toda tranquilidad ser invocada y amada en la oración, la liturgia, la vida mística; no por eso dejaba de plantear un temible problema a la razón: ¡Dios es a la vez único y tres! ¿Cómo concebirlo?

Estaba toda la herencia judía. Entre las naciones, con todos sus

profetas y sus sabios, Israel se había encerrado, a despecho de todo, en un estricto monoteísmo. Esa era su fuerza y su estandarte: *Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir de Egipto, de un lugar de esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí* (Ex 20,2-3). ¡Y Jesús venía a decir que Dios era Padre, Hijo y Espíritu! ¿Cómo conciliar esta afirmación con la fe de Israel? ¿Cómo, sobre todo, puede ser concebible? Era imposible escapar a las tentativas que no harían sino parcialmente justicia a la verdad. Era muy necesario que la Iglesia se defendiera de ellas, que llegara por lo tanto a precisar cómo concebir la Trinidad.

La tentativa más grosera de solución del problema fue la del “triteísmo”. Padre, Hijo y Espíritu serían tres Dioses de igual dignidad, distintos y plenamente autónomos. Jesús jamás había dicho algo semejante. Él afirmó que Él y el Padre son uno –no dos– y que el Espíritu que Él iba a enviar es su propio Espíritu, el cual ha recibido todo de Él. El “triteísmo” era una tentativa de conceptualización manifiestamente muy grosera: ya no se trataba de un Dios Uno y Trino, sino de un Dios triple.

La tentativa inversa era igualmente errónea: Dios es uno y las tres personas no son más que tres manifestaciones del mismo Dios. Hay tres “modalidades” en Dios. Es el “modalismo” de Sabelio en los siglos III-IV. Dios es uno, pero se manifiesta bajo tres aspectos: como Padre, como Hijo y como Espíritu. Las tres personas divinas se reducen aquí a una sola. Jesús tampoco dijo esto jamás: Él habla al Padre como a otra persona completa y envía al Espíritu como a una tercera persona, no como a un trozo de sí mismo.

Una última tentativa de solución del problema fue suponer un orden de subordinación en el interior de la Trinidad. No hay más que un solo Dios: el Padre. El Hijo y el Espíritu son de segundo rango, subordinados a Él. Esa era la concepción de Arrio, sacerdote de Alejandría en Egipto en el siglo IV. Jesús es solamente un hombre, no verdaderamente el Hijo de Dios. No existe desde toda la eternidad; ha sido creado por el Padre en un momento dado del tiempo. No existe en simultaneidad con el Padre, y no es por lo tanto Dios como Él. El “arrianismo” conoció en todas partes un éxito inaudito, tanto en Occidente como en Oriente, y ciertas ideas a propósito de Cristo, aún en boga en nuestros días, son indiscutiblemente arrianas: Cristo es un gran hombre, incluso inolvidable, pero no es Dios como el Padre.

Todo esto provocó en la Iglesia un esfuerzo intelectual intenso en vistas a pensar correctamente la Trinidad. Finalmente se valió de los conceptos griegos de “naturaleza” y de “persona”. Hay una sola natura-

leza divina, y hay tres personas. Después de siglos de desarrollo teológico y de luchas –sin olvidar el impacto de la reflexión y de la santidad de grandes figuras como Atanasio, Basilio, Hilario, Ireneo y tantos otros–, se llegará al *Credo* que, después de los grandes concilios de Nicea (325) y de Constantinopla (381), se presenta en su formulación de confesión de fe que conocemos todavía hoy. El combate formal por la verdad había acabado, pero sus secuelas subsisten siempre.

La Iglesia aseguró así tres verdades fundamentales de su fe:

- No hay más que un solo Dios. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas completas en la Trinidad, distintas y no fusionadas.
- Padre, Hijo y Espíritu son cada uno de los tres igualmente Dios. La Iglesia puede por lo tanto adorarlos igualmente como Dios y decir: “Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo”.
- En su ser íntimo, Dios es por lo tanto “Relación” y “Amor”. Y si Dios es Amor, será verdad igualmente que nosotros Lo comprenderemos ante todo amándolo. La verdadera relación con la Trinidad pasa por el corazón; trasciende el pensamiento objetivo. Agustín, que a lo largo de toda su vida se esforzó en pensar la Trinidad, decía: “La trascendencia de Dios supera de lejos las posibilidades de nuestro vocabulario usual...” (*De Trinitate*, VII, 4-6).

De la teología a la oración

Pocos pensadores cristianos en realidad han reflexionado y escrito tanto a propósito de la Trinidad como Agustín de Hipona. Por otra parte, le ha dedicado todo un libro, el *De Trinitate (sobre la Trinidad)*. Así termina el libro, con una oración:

“Señor Dios nuestro, nosotros creemos en Ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo... Al dirigir mis esfuerzos según esta regla de fe, en tanto he podido, en tanto Tú me has concedido poder hacerlo, yo Te he buscado; he deseado ver, por medio de la inteligencia, lo que creía; he estudiado mucho y mucho he penado. Señor Dios mío, mi única esperanza, escúchame, no sea que por cansancio, ya no quiera más buscarte, más bien haz que siempre busque ardientemente tu rostro (*Sal* 105, 4). ¡Oh!, dame la fuer-

za de buscarte, Tú que me has hecho encontrarte y que me has dado la esperanza de encontrarte cada vez más...Delante de Ti está mi ciencia y mi ignorancia... Que de Ti me acuerde (memoria), que Te comprenda (inteligencia), que Te ame (voluntad)... Líbrame, Señor, de la abundancia de palabras de la que sufro en el interior de mi alma, que no es más que miseria delante de tu rostro, pero que se refugia en tu misericordia, porque mi pensamiento no se calla aun cuando mi boca calla. Si al menos yo no pensara sino en lo que Te agrada, no Te pediría que me libres de esta abundancia de palabras. Pero son numerosos mis pensamientos, tales como Tú los conoces, pensamientos de hombre porque son vanos (*Sal 94, 11*)... Hablando de Ti en su libro, el *Eclesiástico*, un sabio ha dicho: *Nosotros multiplicamos las palabras y no Lo alcanzamos, y la suma perfecta de todos nuestros discursos es Él mismo (Si 43,27)*. Cuando nosotros Te hayamos alcanzado, cesarán esas palabras que multiplicamos sin alcanzarte: permanecerás solo todo en todos (*1 Co 15,28*); nosotros diremos eternamente una sola palabra, alabándote con un solo movimiento y haciéndonos un solo todo contigo, Señor, Dios solo y único, Dios Trinidad; todo lo que he dicho en estos libros y que me viene de Ti, que los tuyos lo reconozcan; y si algo viene de mí, Tú y los tuyos, perdónenmelo” (*De Trinitate, XV, 28.51*).

VIVIR DE LA TRINIDAD

La Iglesia en cuanto imagen de Dios Uno y Trino: la santa Iglesia

La Iglesia existe y vive por el Dios Uno y Trino: es el reflejo de su unidad en la diversidad, el lugar natural de toda comunión auténtica sobre la tierra. Lo es de varias maneras: por su santidad, por su ministerio sacramental, por su oración y su práctica de la caridad fraterna.

Antes que nada, la Iglesia es el reflejo de la santidad de Dios. “*Santo, santo, santo*”, canta al comienzo de cada plegaria eucarística. Esta santidad no es en primer lugar fruto de nuestra cualidad moral –nosotros somos también pecadores–; la Iglesia es santa con la santidad misma de Dios, santidad que le es dada por Cristo en el bautismo recibido por todos los fieles.

María es el rostro de la santidad de la Iglesia: ella es la morada

de la Trinidad en medio de la creación. Dios vino a habitar en ella; su amor ha tomado carne en su seno. Quien mira a María ve la humanidad, la filantropía del Padre, la humanidad del Hijo y el ardor del Espíritu Santo.

“Oh María, tú, templo de la Trinidad, vehículo luminoso, tú has llevado el fuego, tú lo has ocultado y velado en la ceniza de tu condición humana... Tú has llegado a ser el libro donde nuestra ley es puesta por escrito. Hoy es inscrita en ti la sabiduría del Padre eterno. Oh María, tú eres bendita entre las mujeres para siempre, porque hoy nos has dado el pan hecho de tu harina; la Divinidad está unida, mezclada en la amasadera con la humanidad, tan íntimamente mezclada que ni la muerte ni nuestra ingratitud podrán nunca más separarla” (Catalina de Siena).

Una Iglesia servidora

La Iglesia es también el lugar donde se revela y materializa el amor infinito de la Trinidad por todos los hombres. La Iglesia está al servicio del ser humano en la medida en que el Padre ha enviado a su Hijo *para servir, no para ser servido* (Mc 10,45). Ella es, y debe serlo cada vez más, el lugar de la caridad. Quien quiere “ver” al Padre, al Hijo y al Espíritu, debe buscar los lugares donde se encuentra la caridad. A uno que suspiraba: “¡Yo nada veo de la Trinidad!”, Agustín replicaba: “¡Sin embargo, sí! Ves la Trinidad cuando ves la caridad” (*De Trinitate* VIII, 8.12). Por medio de ella somos introducidos en Dios. Dice más adelante: “Sólo el amor gratuito puede hacernos conocer a Dios haciéndonos semejantes a Él”.

La comunidad cristiana no tiene, según las palabras de los *Hechos*, “sino un solo corazón y una sola alma” (*Hch* 4, 32). “Si la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, hace de muchas almas una sola alma y de muchos corazones un solo corazón, cuánto más el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, una sola Luz y un solo Principio” (Agustín, *Homilía XXXIX sobre el evangelio de Juan*). “La caridad fraterna... no sólo proviene de Dios, sino que es Dios... Por lo tanto con una sola y misma caridad nosotros amamos a Dios y al prójimo; pero amamos a Dios por Él mismo, a nosotros y al prójimo por Dios” (*De Trinitate* VIII, 8.12).

“La espiritualidad cristiana es una espiritualidad del yo en comunión. Se opone tanto al individualismo occidental como al «abandono» oriental del yo” (Olivier Clément, *Dialogues avec le*

patriarche Athénagoras, p. 344).

Sobre todas las obras de caridad en la Iglesia se edifica en la tierra el templo de la Trinidad. En todas partes, donde se ama, se agranda la imagen de la “comuni3n” entre Padre, Hijo y Esp3ritu. El mundo est3 lleno de rastros de la Trinidad.

La Trinidad, modelo de vida en comunidad

“En el principio era la relaci3n...”. El modelo de la vida en comunidad entre los seres humanos –en la Iglesia, en la familia, en el convento, en la parroquia y en la sociedad– se debe buscar en Dios. La verdadera construcci3n de una comunidad parte de all3. El secreto de “c3mo vivir juntos” no se encuentra en nuestras reflexiones, nuestras costumbres, nuestras leyes, nuestro obrar; reside en Dios. *No se enga3nen, queridos hermanos: todo lo que es bueno y perfecto es un don de lo alto, desciende del Padre de los astros luminosos... (St 1,16-17).*

El icono de la Trinidad de Rublev lo muestra de maravilla. Los tres est3n sentados a la mesa porque la comida es la matriz de toda convivencia: la crea y la facilita. Pero miren bien el icono... Los tres no nos miran de frente, como alineados. No, manifiestamente tratan juntos un tema. Pero el intercambio mutuo de miradas est3 marcado por una gran discreci3n. Ellos se miran con pudor, no se miran de hito en hito, no se enfrentan. Parecen muy reservados, incluso casi intimidados. Reina entre los tres un profundo respeto. Ninguno parece el primero, ninguno tampoco el 3ltimo. Si no guardan las distancias, tampoco se confunden. Como si se dijeran mutuamente: “En cuanto a m3, puedes ser quien eres; te respeto en lo que te es propio. Puedes incluso llegar a ser m3s t3 mismo”.

Una verdadera comuni3n seg3n el modelo trinitario no es, en efecto, ni fusi3n ni confusi3n. El verdadero amor refuerza al otro en su alteridad. Es como si el Padre dijera al Hijo: “Llega a ser a3n m3s Hijo, si es posible”. E inversamente. E igualmente en cuanto al Esp3ritu. El amor, lejos de excluir la alteridad, promueve por el contrario al otro en lo que le es propio y se regocija por ello.

Pero el icono nos muestra a3n otra cosa. Los tres se miran con gran humildad. Parecen poner en pr3ctica el consejo de Pablo: *Estimen a los otros como superiores a ustedes mismos (Flp 2,3)*. Cada uno inclina la cabeza delante del otro, m3s por esp3ritu de servicio que por cortes3a. “¿Qu3 puedo hacer por ti?”, parecen preguntarse.

La verdadera comuni3n es escucha intensa del otro, obediencia r3c3proca. Uno de los tres –el de la derecha– adelanta el pie como para

descender del icono. Quizás en dirección a nosotros. ¿Acaso no parece que está sentado al borde de su sillón, listo para ser enviado en misión?

Reina en la Trinidad una fecundidad interna. El Padre engendra al Hijo –de modo continuo y desde toda la eternidad–, y los dos “espiran” al Espíritu. Ellos son eternamente fecundos. Por otra parte, el icono está también abierto. Hay todavía lugar en esa mesa en el primer plano, de nuestro lado. Como si los tres esperaran a alguien, a un huésped que todavía debe venir. Ese huésped, por cierto, somos nosotros. Porque toda comunión es abierta, hospitalaria. Jamás ocupa todos los lugares en la mesa.

Por último sobre la mesa alrededor de la cual los tres están sentados, se encuentra un plato misterioso. Toda comunión se nutre en efecto de una “comunidad de mesa”. Esto es verdad en todos los ámbitos: en la familia está la comida familiar, en la Iglesia la eucaristía, en los conventos y abadías la hospedería, en el mundo, está el compartir el pan entre todos los hombres. Jesús, por otra parte, no ha encontrado mejor imagen de la futura comunidad perfecta entre los seres humanos que la del banquete escatológico.

Familia, Iglesia y sociedad.

Si la Trinidad es icono de toda comunidad, ella constituye en particular un modelo para la familia. Porque en la familia, igualmente, la unidad proviene de la multiplicidad, sin fusión ni confusión. Esto es evocado ya en el relato de la creación. Entre líneas se puede leer allí cómo mientras crean, los Tres del cielo piensan ya en la comunidad terrestre constituida por el hombre, la mujer y su hogar. *Dios dijo: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, según nuestra semejanza...”*. Y *creó Dios al ser humano a su imagen, los creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer* (Gn 1,26-27).

Dios habla en plural: “Hagamos al hombre...”, como si deliberara en su propio seno. Pero el relato de la creación, ¿no parece insinuar que es precisamente en el hecho de que es varón y mujer que el hombre es imagen y semejanza de Dios: *lo creó a imagen de Dios, los creó varón y mujer*? El plural en Dios tiene su reflejo en una dualidad sobre la tierra.

Pero también la unidad divina se refleja sobre la tierra en la unión entre varón y mujer. En caso de unión, ellos guardan su alteridad. Ellos se aman, pero no se funden el uno en el otro; no son intercambiables. Cada uno confirma al otro en su diferencia, porque el amor

no es fusión. Los metales se fusionan, no las personas humanas. Varón y mujer se aceptan en su alteridad; cada uno favorece la alteridad del compañero. Amándola, el hombre hace cada día a su mujer más mujer, y viceversa. Por su amor de padres, los padres hacen al hijo cada día más su hijo; y cada hijo hace a sus padres más padres. Un hogar llega a ser feliz cuando pone en práctica los consejos de Pablo: *estimen a los otros como superiores a ustedes mismos (Flp 2,3) y estimen a los otros como más dignos (Rm 12,10)*.

En la familia, como en la Trinidad, existe una fecundidad interna: el hijo nace del amor como su fruto natural. La fecundidad se encuentra inscrita en el círculo mismo del amor entre varón y mujer. Por eso también la familia está abierta; nunca está cerrada sobre sí misma. Primero porque el amor conyugal prevé siempre un lugar para un huésped bienvenido, el hijo. Pero también porque un hogar sólidamente unido es hospitalario: en su mesa siempre hay lugar.

Todas estas consideraciones se aplican igualmente a la Iglesia. Ella es también una en su diversidad. También ella confirma a todas las razas, lenguas y culturas en su carácter propio mientras asegura su unidad. El milagro de Pentecostés es un modelo de esta unidad —sin fusión ni confusión—: *¿Acaso estos hombres que hablan no son todos galileos? ¿cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua? (Hch 2,7-8)*. En la Iglesia, el precepto de la caridad demanda una igual disponibilidad frente a los demás: *el que quiera ser grande que se haga servidor de ustedes, y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo (Mt 20,26)*. Después del lavatorio de los pies, Jesús agregará, dirigiéndose a sus discípulos: *Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes (Jn 13,15)*.

La Iglesia tiene su fecundidad interna: por medio del bautismo, da a luz continuamente hijos de Dios y así es infinitamente fecunda. Por último, es hospitalaria, puesto que es universal: *Les digo que muchos vendrán de Oriente y de Occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos (Mt 8,11)*. El libro del Apocalipsis habla de aquellos que han sido rescatados por la sangre del Cordero: *ellos vienen de toda tribu, lengua, pueblo y nación (Ap 5,9)*. La Iglesia es una casa para todos. Allí también hay lugar en la mesa.

Y todo esto, ¿acaso no es también el sueño de la sociedad humana ideal que sueña el hombre: una en la diversidad, respetuosa y servicial, fecunda y hospitalaria? Incluso el marxismo ha soñado con semejante época mesiánica.

Tres a la mesa: la Eucaristía

Sobre la mesa alrededor de la cual los tres están sentados, se encuentra el plato con el cordero, imagen de la eucaristía. No está allí solamente como detalle anecdótico, como una invención decorativa del artista. Es la simbolización de lo que ocurre en el círculo de los Tres: un torbellino de amor recíproco. Están “comprometidos” en un campo magnético de oblación y de disponibilidad mutuas. El “sacrificio” se inscribe en el marco de su vida comunitaria. En el plato, el sacrificio se materializa: el Cordero ofrecido, el Señor que obedece, la Ofrenda perfecta. La Trinidad celebra sin cesar una eucaristía celeste: cada uno se abandona al otro. La Trinidad es totalmente eucarística.

Pero, a la inversa, la eucaristía es trinitaria hasta en su liturgia. Apenas si nos damos cuenta, pero las alusiones a la Trinidad se enhebran como perlas a lo largo de toda la celebración. Comienza con el signo de la cruz inicial, seguido inmediatamente por un saludo que es trinitario: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Dios Padre y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con ustedes”. Sigue el *Kyrie*, igualmente trinitario: “Padre, Hijo y Espíritu, ten piedad” – “*Kyrie, eleison*”. El *Gloria* es un himno a Cristo, casi enteramente dirigido a Él: “Señor, Hijo único, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros. Porque Tú solo eres santo, Tú solo Señor, Tú solo Altísimo: Jesucristo...”; pero al comienzo y al final, Cristo es colocado de nuevo, situado, entre el Padre y el Espíritu: el *Gloria* comienza con el Padre: “Gloria a Dios en el cielo... Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso”, y concluye con el Espíritu: “... con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre”.

Cada una de las tres oraciones de la celebración eucarística termina con una fórmula que menciona siempre a las tres personas: “Por Nuestro Señor Jesucristo, Tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos”. El orden es el de la dinámica de la historia de la salvación. Comienza por el Hijo, porque es Él quien nos ha hablado primero del Padre. Pero, una vez que el Hijo ha vuelto junto al Padre, es el Espíritu quien nos explica todo y nos pone en el camino del Padre.

En el umbral de la liturgia del pan, viene la confesión de fe, el *Credo*. Allí proclamamos nuestra fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Pero, en toda la plegaria eucarística propiamente dicha, la alabanza de la Trinidad está presente a la manera de un hilo rojo. Es

un *Credo* transformado en oración. El conjunto se dirige al Padre. La Iglesia se une al sacrificio de Cristo, pero finalmente su oración y su ofrenda son llevadas por el Espíritu Santo. Los ochenta prefacios están todos dirigidos al Padre, pero pasan a través del Hijo, porque en todos –aproximadamente a mitad de camino– se dice: “por Cristo, nuestro Señor”. A menudo se hace alusión también a algún misterio de la vida de Jesús: desde su nacimiento, su pasión, su cruz y su resurrección, hasta su retorno. Y todos los prefacios desembocan en el “tres veces Santo”, el *Sanctus*. Este último es retomado de la liturgia judía, pero nosotros, cristianos, hemos agregado una alusión a Cristo: “Bendito El que viene en nombre del Señor”.

En cada una de las plegarias eucarísticas nos dirigimos dos veces al Espíritu Santo. Dos veces se apela a Él en una “epiclesis” (invocación). La primera vez sobre las ofrendas del pan y del vino: “Santifica estas ofrendas derramando sobre ellas tu Espíritu: que ellas se conviertan para nosotros en Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor”. La segunda vez –después de la consagración– sobre el conjunto de la comunidad que celebra: “Humildemente te pedimos que habiendo participado en el cuerpo y en la sangre de Cristo, seamos reunidos por el Espíritu Santo en un solo cuerpo”. El final de la plegaria eucarística es un apogeo trinitario: “Por Cristo, con Él y en Él, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

La celebración eucarística termina como ha comenzado, con el signo de la cruz, ahora en forma de bendición. Ya no nos persigamos nosotros mismos como al comienzo, ahora recibimos la bendición en nombre de la Trinidad.

En el interior de la Trinidad: Jesús ora

¿Nos es posible desde alguna parte arrojar una mirada al interior de la Trinidad? Sin duda, a pesar de que Ella sigue siendo un misterio insondable. En el capítulo diecisiete del evangelio de Juan, Jesús entreabre una puerta en su oración de Sumo Sacerdote: *Después de hablar así, Jesús levantó los ojos al cielo, diciendo: “Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti... todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío... Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en Mí, para*

que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que Tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a Mí (Jn 17,1.10.21s).

Jesús levanta así un extremo del velo que cubre el misterio existente entre Él y su Padre. ¿Está todavía en la tierra, o ya ha vuelto al seno de la Trinidad? Más bien parece que no pertenece más a este mundo, que su casa ya está en otra parte, junto a su Padre. Su verdadero interlocutor es el Padre, mucho más que los hombres. En Él respira; de Él vive. Está totalmente envuelto por la luz y el calor de su Padre. Y este calor es el Espíritu Santo. El Padre lo estrecha y lo abraza: está por todas partes.

Nadie ha penetrado jamás en el misterio de los Tres que son Uno. Sólo Jesús nos ha permitido sospechar algo. Nadie ha visto jamás al Padre; sólo el Hijo ha venido a hablarnos de Él. La Trinidad es un intercambio de amor ininterrumpido y sin fin. Los Padres de la Iglesia la han comparado con los tres jóvenes en el horno: sanos y salvos, ellos se paseaban en una ronda sagrada en medio de una hoguera que llameaba pero no quemaba. En medio del horno, dice la Escritura, el ángel del Señor producía *como un viento de rocío refrescante (Dn 3,50)*.

La Trinidad en nosotros

La Trinidad no está solamente muy alto en el cielo, lejos, muy por encima de nosotros; Ella permanece en nosotros. Así está escrito en ese versículo sorprendente del discurso de despedida: *El que me ama, será fiel a mi Palabra, y mi Padre lo amará, iremos a él y habitaremos en él (Jn 14,23)*.

Durante siglos, santos y místicos han vivido de ese misterio: Dios es más que Emmanuel –Dios con nosotros–, Él es Dios en nosotros. Pero igualmente muchos pobres, personas modestas, han vivido de esta fe con el sentimiento profundo de compartir de alguna manera la intimidad divina. Estamos, en efecto, habitados por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Este pensamiento llena a cada cristiano en todo momento de júbilo y de una alegría exuberante, pero lo envuelve también con un velo de reserva: el cristiano lleva en sí un gran misterio, Dios Uno y Tres. Puede cantar con María: *El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas (Lc 1,49)*.

El Padre decía a Catalina de Siena respecto de la Eucaristía: “Al recibir este sacramento, el alma está en Mí y Yo estoy en ella como el pez en el mar y el mar en el pez” (*Diálogo*, 112).

Catalina escribirá también al fin del *Diálogo*: “Tú, eterna

Trinidad, eres un mar sin fondo. Cuanto más me interno, más te encuentro, y cuanto más te encuentro, aún más te busco. De Ti, jamás se puede decir: ¡suficiente! El alma que se sacia en tus profundidades, te desea sin cesar porque siempre está hambrienta de Ti, eterna Trinidad... ¡Como el ciervo suspira por las corrientes de agua, así mi alma desea salir de la prisión tenebrosa del cuerpo para verte en verdad!”

Isabel de la Trinidad

Entre los místicos, quizás nadie ha penetrado tanto en el misterio de la inhabitación de la Trinidad como Isabel de la Trinidad, una religiosa carmelita muerta a los 26 años en el Carmelo de Dijon (1906). Estaba fascinada por el viaje espiritual hasta el interior de la hoguera de Amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Su oración “¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro...”, es uno de los puntos culminantes de la historia de la espiritualidad occidental.

“¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayudadme a olvidarme por completo de mí misma para establecerme en Vos, de un modo tranquilo e inmutable, como si mi alma estuviera ya en la eternidad.

Que nada sea capaz de turbar la paz de mi espíritu, ni hacerme salir de Vos, ¡oh Inmutable!; sino que cada momento me haga penetrar más hondo en la profundidad de vuestro Misterio. Pacificad mi alma. Estableced en ella vuestro cielo, vuestra dulce morada, el lugar de vuestro reposo. Que yo no os deje nunca solo, sino que me mantenga de continuo en vuestra compañía con todo mi ser, mediante una fe viva, una adoración perfecta, una entrega total a vuestra acción creadora.

¡Oh, mi amado Jesús, crucificado por amor!, yo quisiera ser una esposa digna de vuestro Corazón divino. Yo quisiera cubriros de gloria, yo quisiera amaros... hasta morir de amor. Pero veo mi impotencia. Por eso os suplico que os dignéis revestirme de Vos mismo, que identifiquéis mi alma con todos los movimientos de la vuestra, que me sumerjáis en Vos, que os dignéis invadir todo mi ser, que me suplantéis, a fin de que mi vida no sea sino una irradiación de vuestra Vida. Estad en mí como Adorador, como Reparador, como Salvador.

¡Oh, Verbo eterno, Palabra de mi Dios!, yo quiero pasar mi vida escuchándoos; yo quiero prestar oídos dóciles a vuestras enseñanzas, para que Vos seáis mi único Maestro. Y, luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las debi-

lidades, quiero mantener mis ojos clavados en Vos y permanecer bajo el influjo de vuestra luz magnífica. ¡Oh, Astro mío, amadísimo!, fascinadme de suerte que ya no me sea dado salir del marco de vuestra irradiación divina.

¡Oh, Fuego abrasador, Espíritu de Amor!, descendad a mí para que se realice en mi alma una especie de Encarnación del Verbo. Que yo sea para Él una especie de humanidad complementaria en la cual pueda Él renovar su Misterio.

Y Vos, ¡oh Padre eterno!, dignaos inclinaros hacia esta pobrecita criatura vuestra, sin que vuestros ojos vean en ella otra cosa que a Vuestro Hijo muy amado, en el cual tenéis todas vuestras complacencias.

¡Oh, mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita e Inmensidad en que me pierdo!, yo me entrego a Vos como una presa de amor. Sumergíos Vos en mí para que yo me sumerja en Vos, mientras aguardo el momento de ir a contemplar en vuestra luz el Abismo de vuestras grandezas”.

Marcados por la cruz

Toda nuestra vida está marcada por el signo de la cruz. Desde el comienzo, en el bautismo: “La comunidad cristiana te acoge con gran alegría”, dice el sacerdote, “en su nombre, yo te marco con la cruz que es el signo de Cristo, nuestro Salvador”. Y, al final, antes de confiar nuestro cuerpo a la tierra, la Iglesia dice: “Marco tu cuerpo con el signo de la santa cruz para que en el día del juicio resucite y posea la vida eterna”. La eucaristía comienza y termina con el signo de la cruz. Nos persignamos al comienzo de cada oración, al comienzo de cada trabajo, y los terminamos de la misma manera.

Las palabras del signo de la cruz nos sumergen en la Santísima Trinidad. “En el nombre...”, debe ser comprendido en el sentido fuerte de la expresión. Nosotros nos unimos profundamente al Padre, al Hijo y al Espíritu, porque de Ellos provenimos, vivimos con Ellos en nuestro corazón, hacia Ellos vamos caminando. Ellos son comienzo y fin de todo nuestro ser y de todo nuestro obrar.

En cuanto al gesto del signo de la cruz, el mismo nos reviste del Dios Uno y Trino como de un manto. Nos persignamos enteramente: desde la cabeza al corazón, y de un hombro al otro.

“En el nombre del Padre...”, nos tocamos la frente, sede de nuestros pensamientos y acciones, porque Dios se revela en primer

lugar como nuestro Creador: Él ha llamado todo a la vida, lo que es visible y lo que no lo es. Es Padre y fuente de toda vida.

“En el nombre del Hijo...”, con la mano sobre el corazón y las entrañas, el lugar donde Dios se hizo hombre en María. El Hijo está muy cerca de nosotros, en nosotros.

“En el nombre del Espíritu Santo...”, de hombro a hombro, sede de nuestro vigor, porque el Espíritu es fuerza y energía.

La misma cruz es un nudo entre el eje horizontal y el eje vertical, cruzados sobre el corazón. Sugiere el encuentro de las dos caridades: la vertical con respecto a Dios, la horizontal con respecto al prójimo. Así ponemos todo nuestro ser al servicio del doble mandamiento del amor, compendio de toda la ley. Al hacer el signo de la cruz, practicamos más teología de lo que pensamos, porque reconocemos que somos hijos del Padre, hermanos y hermanas de Jesús, templos del Espíritu Santo. Reconocemos que vivimos en Dios.

Parafraseando la oración a Cristo de san Patricio, patrono de Irlanda, podemos decir:

“Dios conmigo, Dios delante de mí, Dios detrás de mí, Dios en mí, Dios por debajo de mí, Dios por encima de mí, Dios a mi derecha, Dios a mi izquierda, Dios en la anchura, Dios en la longitud, Dios en la altura...”.

A todos y a todas, deseo santas fiestas de Pascua “en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. A Ellos alabanza, gloria y acción de gracias hoy y por los siglos de los siglos”.

*Wollemarkt 15
B- 2800 Mechelen
Bélgica*